

EL RELOJ, EL GATO Y MADAGASCAR

José LUIS SAMPEDRO *

¿Qué puede decir un profesor en su ocaso a una revista que empieza o, mejor dicho, a sus jóvenes lectores de la Universidad? Lo acertado sería, probablemente, no decir nada: a veces tiendo a pensar que muchos no tienen interés en lo que aún no está dicho. Pero no puedo eludir un requerimiento tan amistoso. Y en el trance de cumplir, lo mejor será reducirme a lo más elemental. Que es siempre, lo más valioso.

Pues bien, esto es lo más elemental para nosotros: *la economía es una ciencia social*. La proposición es tan obvia, que parecerá inútil seguir. Puede que así sea, pero lo cierto es que verdad tan consabida es olvidada día tras día, y con catastróficas consecuencias, por los más afamados economistas, empezando por varios premios Nobel. Por eso me atrevo a recordársela a esos señores, y quiero reiterar ante mis jóvenes lectores la idea de que todo conocimiento económico, ajeno a un enfoque social del pensamiento, no pasará de ser un recurso instrumental, sin perjuicio de que como herramienta puede ser muy valioso.

Buscando la raíz de ese olvido de lo social por la teoría más de moda, aunque ella afirme darlo por supuesto, creo encontrarla en un deseo subconsciente (cuyas causas abordaré luego) de vivir la propia ciencia en esa tranquilizadora situación en que la cultivan los físicos, o incluso los naturalistas. De ahí el uso de unos métodos adecuados para ciertos campos de la realidad, y valiosos también en el mundo de lo social, pero insuficientes para comprender la sociedad humana.

En otras palabras —y a ello alude el título, deliberadamente intrigante, de estas reflexiones—, lo que parecen olvidar los cultivadores de la economía llamada positiva es algo tan elemental como que una máquina difiere irreductiblemente de un animal y ambos de una sociedad; no siendo ésta reductible a ninguno de los otros dos.

El tema es básico para la filosofía del conocimiento en el campo de las ciencias sociales y, en concreto, para el de la teoría económica. Sin embargo, la cuestión no suele ser planteada en los manuales de la ciencia convencional, recibida de los pragmáticos economistas anglosajones: por eso es indispensable un grito de atención.

* Catedrático de Estructura Económica, Universidad Complutense de Madrid.

Pues bien, prescindiendo de ciertas cuestiones previas, me atrevo a formular un proposición que espero será aceptada: la de que los métodos de estudio deben adaptarse a la naturaleza del objeto estudiado. No parece ser suficiente para el estudio de un insecto el mismo tipo de análisis que hace progresar las matemáticas, aunque éstas se apliquen a la entomología como instrumento siempre útil. En contra de esta proposición se observa, en la breve historia de la ciencia económica, un reiterado deslumbramiento de sus cultivadores por metodologías inadecuadas, con grave consecuencias para la comprensión de los hechos. Aclarar esa cuestión es el objeto de estos breves párrafos.

1. SISTEMAS DIFERENTES

Ante todo, es necesario distinguir entre grandes grupos de objetos de estudio que puede presentársenos. Sin ánimo de agotar aquí la tipología posible —Boulding diferenciaba nueve clases, si no recuerdo mal—, y limitándome sólo a la que más me interesa, deseo subrayar la diferencia básica entre un reloj, un gato y Madagascar. Al primero lo podemos desmontar y volverlo a montar, poniéndolo de nuevo en funcionamiento. El gato también es desmontable, por desgracia para él, pero si hacemos su disección completa no conseguiremos infundirle después nueva vida. En cuanto a Madagascar (un país, una colectividad humana), ni siquiera cabe hablar propiamente de «desmontar», y, en todo caso, no tendría esa palabra el mismo sentido que antes.

Existen, por tanto, estructuras diferentes (o, si se prefiere, sistemas: no es éste el lugar para comparar ambos vocablos), agrupables por lo menos en esos *tres tipos mecánico, biológico y social*. La idea no es nueva, y tiene su precedente en antiguas filosofías y en autores como Ramón Llull o los místicos sufíes. Entonces, si se acepta lo expuesto, la cuestión es ésta: ¿Está el relojero preparado para comprender a Madagascar? La respuesta, claro, es negativa. En cambio, juzgo más fácil que el estudioso de Madagascar interprete correctamente el reloj, aunque sólo sea porque se usan relojes en Madagascar.

Pues bien, el error de muchos economistas actuales consiste en entrenarse en relojería para actuar sobre lo social, dando por hecho que Madagascar es interpretable según el modelo del reloj. Me refiero, como es natural, a los economistas convencionales que, con su microeconomía marginalista y su macroeconomía keynesiana; cuestan, ya se creen capacitados para abordar, por ejemplo, los problemas del desarrollo económico. Peor aún, tales economistas incluso se ufanan de su preparación técnica, porque ciertamente el reloj puede explicarse con más precisión que Madagascar y a ellos les llena de orgullo el rigor y la elegancia de sus análisis. En otras palabras, el error de esos economistas consiste en querer estudiar la realidad social con instrumentos conceptuales únicamente aptos para analizar sistemas mecánico y, sólo en cierta medida, los biológicos.

El error tiene muy graves consecuencias, sobre todo en cuanto se pasa del análisis estático al indispensable estudio de procesos económicos, porque la diferencia:

evolutiva separa profundamente los tres tipos de realidad usados aquí como ejemplos. En efecto, el reloj no se transforma a lo largo del tiempo; sus movimientos internos se repiten monótonamente. El gato sí se transforma, pero en un proceso programado cuyas líneas generales conocemos: nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte. En cambio las sociedades varían de una manera imprevisible, porque se autotransforman. Los humanos son hechura de la sociedad en que nacen, pero también creadores de la que dejan. Pensar que el desarrollo social puede comprenderse reduciéndolo al funcionamiento mecánico del reloj o a la trayectoria vital del gato es un desatino.

Aunque todo lo anterior sea elemental y obvio, no es difícil comprender por qué las universidades del mundo occidental más avanzado —en el Tercer Mundo abundan, por suerte, las excepciones— siguen explicando una economía esencialmente constituida por marginalismo y keynesianismo, con aditamentos que no se toman muy en serio. Las principales razones se condensan en dos. La primera es la atracción intelectual de los métodos matemáticos, que inspiran al científico la confortable sensación de estar manejando verdades y descubriendo otras mediante inatacables cadenas de razonamiento. Se cae así en una tentación de buena fe.

En cambio, la segunda razón no es tan inocente: el éxito de esa ciencia convencional se debe —sépallo o no el economista convencional— a que racionaliza y, aparentemente, legitima todo un sistema social de mercado, beneficioso para los poderes establecidos. Así, por ejemplo, se «demuestra» que el libre mercado conduce automáticamente a la asignación óptima de los recursos, lo cual no sería cierto ni en la hipótesis de la competencia perfecta (nunca verificada en la realidad, ni verificable), pues, según ha escrito alguien tan poco sospechoso de mis heterodoxias económicas como Samuelson, el ajuste de la oferta y la demanda puede dar lugar a que los ricos tengan leche para sus gatos, mientras los pobres no pueden comprarla para sus hijos.

2. LOS «NUEVOS» ECONOMISTAS

Todo esto parecerá trivial a muchos lectores, y, sin embargo, el hecho de ignorarlo ayuda a conseguir el premio Nobel. Así, cuando escribo estas líneas, acaba de descender sobre España el «Mesías», para retornar pronto a su cielo americano, tras de predicar su evangelio en un cenáculo, entre sus fieles discípulos. Aludo, naturalmente, a míster Friedman, de quien he leído en la prensa versículos dispersos. Uno, acerca de España: «Para reducir la inflación habrá de aumentar el paro.» Otro, referente a Chile: «El programa económico de Pinochet es excelente.» No sé si Pinochet estará de acuerdo, pues creo que ha cambiado hace poco de ministro. En fin, allá ellos dos.

(Paréntesis respetuoso: no se interpreten mis palabras como desdén. Por principio, yo no desdeño a ningún ser humano, y míster Friedman lo es. Más aún, admiro muy sinceramente su talento, su eficacia expositiva y su capacidad para decorar con gran aparato científico ciertas verdades parciales, en el fondo triviales. Pero lamen-

to ver ese ingenio tan consagrado a escamotearnos lo fundamental a fuerza de ensordecernos con lo accesorio y derivado. Y no lo siento porque con ello se engañen él y sus adeptos, sino porque de ese modo ciegan a muchos y dañan a todos.)

Pues bien, el evangelio friedmaniano no solamente es un escandaloso ejemplo de ignorar que la ciencia económica es social, sino que llega a alcanzar extremos indignantes para cualquier persona sensible. En efecto, la versión española del evangelio friedmanita se contiene en el libro *Libertad de elegir*. Título que, si no fuera por habernos colonizado mentalmente la teoría económica anglosajona, debería provocar la carcajada general o, más bien, la indignación ante la crueldad de tamaño sarcasmo.

¿Libertad de elegir, dice usted? ¡Ay, míster Friedman de nuestros pecados! Si en vez de moverse por cenáculos de cinco estrellas hubiera usted pernoctado en chabola suburbana, ¿se hubiese atrevido a decirle a su invitante que era libre de elegir por vivir en una economía de mercado? ¿O acaso cree usted que la gente elige la pobreza y el tugurio por alegre espíritu de bohemia?

Ya sé, ya sé; me conozco su réplica: precisamente la pobreza se debe a que el intervencionismo estatal impide el funcionamiento de la economía de mercado, entendiéndolo por tal ésa de sus libros de textos —la competencia perfecta—, en donde el consumidor es el rey expresando sus deseos y los productores, como solícitas abejas, acuden a satisfacerlos aprovechando al máximo los recursos comunes y ofreciendo los bienes al precio más bajo con beneficio mínimo.

Ciertamente, reconozco que no vivimos en ese paraíso económico. Ni viviremos nunca, y no por culpa del Estado, sino porque, como todos los Edenes, la competencia perfecta no es de este mundo.

Y aún queda lo peor: aunque la competencia fuese perfecta, la libertad sólo existiría para el rico. Sin dinero, admirado míster Friedman, *no hay elijan* —como diría un castizo— en el sistema de mercado: ¿No lo descubrió usted en su juventud? En otras palabras, la libertad de elegir del pobre es como la del niño que acudió llorando a su madre porque el hermano mayor le había dado la más pequeña de dos manzanas. «¿No te dije que le dieras a elegir», —recreminó la madre. «Sí, mamá, y lo hice —repuso el mayor—. Le di a elegir entre la pequeña o nada.» Esa es la libertad del pobre en el mercado: elegir la manzana de la pobreza. O, si lo quiere usted más duro, a la española, el aceite de colza.

No vale la pena seguir insistiendo en ese ejemplo. Para unos será obvio todo lo que yo diga, y para los friedmaneros resultará escandaloso. Podrían añadirse otros ejemplos, como esa famosa curva de Laffer, que a uno, con sus años auestas, le recuerda tantísimo a la aún más vieja curva de Barone para los beneficios totales del monopolista. Es fácil predecir que la curva de Laffer durará poco: recuérdese la curva de Phillips y toda la literatura a que dio lugar.

(Paréntesis para evitar malentendidos: No estoy atacando el sistema de mercado como «mal» absoluto, sino como anacronismo histórico y, por tanto, como «mal» relativo, como malo para nuestra época. Para empezar, el mercado de bienes de consumo es indispensable consecuencia de la división de trabajo, sin el cual no hay progreso. Además, en su primera etapa, como alternativa al feudalismo, sobre el

cual acabó prevaleciendo, el sistema de mercado en general fue positivo y contribuyó al cambio histórico, liberando nuevas fuerzas creadoras, precisamente porque legitimaba el poder del dinero frente al feudal, apoyado en la posesión de la tierra. Pero los economistas convencionales defienden hoy la economía de mercado como un «orden» natural permanente, propio de la sociedad «óptima», y eso es falso. La falta de sentido histórico de la economía convencional es una idea presente, como se ve, a lo largo de estas reflexiones, y, por tanto, también la necesidad de la visión histórica para interpretar correctamente la realidad social.)

3. EL ENFOQUE ESTRUCTURAL E HISTORICO

Pero basta de ejemplos, pues no creo necesario persuadir a nadie de que la teoría económica convencional se encuentra en crisis, desconcertada por el fenómeno de la *stagflation*, inerte frente al paro e insuficiente para el desarrollo económico. Como afirmé al principio, esa crisis científica sólo se resolverá con una nueva teoría que la saque adelante de su anacronismo. Pues, en el fondo, la *economics* (en la que, por desgracia, se convirtió la *political economy* de los primeros clásicos) está ligada al sistema de mercado, es decir, a un supuesto psicológico del comportamiento tan inaceptable como la reducción del hombre al mecanismo benthamita del *homo oeconomicus* y a la creencia dogmática en la mano invisible de un orden natural permanente.

Una vez más, esa reflexión lleva a sospechar que son sobre todo los intereses establecidos los que permiten la supervivencia de tal fundamentación (es decir, un universo psicológico newtonianamente gravitatorio y una negación del proceso histórico), después de haber sido apalancados en el siglo XIX tantos campos del pensamiento por Darwin, Marx y Freud. Y puesto que los intereses exigían una teoría legitimadora, ésta sólo ha podido conseguirse refugiándose en verdades parciales, capaces de articularse en una arquitectura lógica consistente (como la que permite a Friedman reducir a lo monetario la explicación de la inflación), aunque tal arquitectura tenga poco que ver con la realidad social. La causa de ese distanciamiento entre el modelo teórico convencional y los problemas reales está en el hecho de utilizar verdades parciales; es decir, de reducir a reloj o, todo lo más, a gato, la complejidad de relaciones humanas en Madagascar.

Entonces, ¿qué perspectivas se ofrecen a la ciencia económica? La más probable, por ahora, es continuar lo mismo, aunque tratando de «progresar» —la economía convencional— por un nuevo camino del error denunciado más arriba; es decir, volviendo a imitar indebidamente a las ciencias naturales. Concretamente, los progresos de la informática ejercen hoy la misma fascinación que el cálculo diferencial hace dos siglos, y algunos economistas quieren refugiarse ahora en el análisis de sistemas para seguir salvando el «rigor».

Ahora bien, como ha escrito Luis Carandell, «bien está el rigor, pero no *mortis*». El análisis de sistemas es útil para comprender un reloj y, si tienen razón los biólogos como Von Bertalanffy, para conocer a un gato. Pero no es instrumento

suficiente para comprender la estructura social (cuyos componentes no son unívocamente identificables) y, menos aún, para interpretar los procesos de las sociedades, con su autotransformación. Para introducir la autotransformación «espontánea» en un sistema sería probablemente indispensable recurrir a un metasistema, y volveríamos a vernos en la misma situación de insuficiencia explicativa.

En mi opinión, por tanto, la alternativa a la ciencia convencional es un saber (para que no se enfade Popper) que, por supuesto, incorpore los elementos válidos de aquella y los articule en un análisis estructural apoyado en todas las técnicas y mejoras matemáticas posibles, como la econometría o el cálculo de probabilidades, aparte de otras ramas menos usadas hoy. Pero eso no basta. Ese análisis, aunque necesario, no es suficiente. La única manera conocida hasta ahora de entender los procesos del cambio social es la revisión histórica, la cual no es exactamente el historicismo dogmático del marxismo, aunque de la orientación marxista haya muchas aportaciones útiles para la comprensión del proceso.

Esta visión histórica, sin duda en buena parte intuitiva (pero apoyando la intuición en análisis previos) podrá no ser una ciencia en sentido popperiano, pero es que tampoco lo es la ciencia social en general. Y sin esa visión histórica, apoyada en el pasado, aunque reinterpretada hacia el futuro, no me parece posible abordar temas como el del subdesarrollo económico. Porque, además, esa visión es más global que la economía convencional —incluso la llamada Teoría «General»— y no descarta variables imprescindibles para las decisiones que modelan el futuro.

Para expresarme mejor, quizás más sistemáticamente, permítaseme reproducir aquí un pequeño esquema que desde hace unos años me viene siendo útil para ordenar mis pensamientos, y que tiene la ventaja de recapitularse en el sencillo cuadro adjunto. Los tres niveles que en él se detallan vienen a traducir, en términos más académicos, los tres sustantivos con que titulo este trabajo. Y con el esquema se verá más claramente lo que quiero decir cuando atribuyo a una reducción excesiva y a la confusión entre sistemas diferentes las insuficiencias de la teoría convencional. Permítaseme para ello citarme a mí mismo¹: «Para ilustrar esa reducción economicista en el estudio de la sociedad, que hizo de la economía una técnica —cuando es en rigor un saber social—, resulta útil distinguir tres distintos niveles en los que se sitúan, respectivamente, los siguientes componentes de la estructura colectiva:

- a) *Materiales.*
- b) *Institucionales.*
- c) *Axiológicos.*

La enumeración equivale a diferenciar, respectivamente, el nivel de las cosas, el de los hombres y el de las ideas, o, si se prefiere, el nivel *tecno-económico*, el *socio-político* y el *axiológico*. En el sentido primero se sitúan los bienes y servicios, con fenómenos como la demanda y la oferta, los precios, la actividad empresarial, la estructura productiva, la distribución y otros. Es el campo de estudio más específico de la ciencia económica actual, sin perjuicio de que, por supuesto, ésta se asome además a las instituciones asentadas en el nivel sociopolítico, pero sólo en cuanto

¹ «El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial», *Desarrollo*, 1982.

generan hechos conceptuados por ella como económicos. Así, por ejemplo, el Gobierno será tenido en cuenta únicamente como recaudador y gastador o regulador de la economía. En todo caso, a donde no llegan los intentos explicativos de la economía convencional es al tercer nivel, que contiene el sistema de creencias y valores; aunque a él nos referimos, en cambio, quienes pensamos en la cultura como la variable olvidada.

Bien —se dirá—, ¿y qué hay de malo en esa división del trabajo científico, tan lícita como cualquier otra? Los valores —añadirá el cultivador de la *Economics*— los introducimos como datos, por ejemplo, en las curvas del modelo paretiano, pero el explicarlos corresponde a otros científicos. No son asunto nuestro.

Cierto; esa división del trabajo es perfectamente lícita. Pero entonces ha de ser congruente con ella la división de funciones dentro de la actividad social. En otras palabras, con la teoría basada en esa acotación de variables no es lícito intervenir en procesos sociales donde resultan decisivos los cambios de variables excluidas de aquella acotación, así como la comprensión de esos cambios. La reducción economicista no respeta esa congruencia, y así ha impuesto el crecimiento material como dimensión prioritaria del sistema de vida, a costa de los demás componentes de la vida cotidiana. Cierto que los economistas no son los únicos culpables, sino también los filósofos, racionalizadores de los intereses, y hasta la misma necesidad real de bienes; pero ello no impide que la reducción economicista haya puesto el progreso humano en manos de quienes por su formación sólo tienen capacidad para dirigir lo económico, por lo que son profesionalmente miopes para otras necesidades vitales, desde la ética a la estética y al goce.

En conclusión, la teoría económica del mañana habrá de moverse en los dos niveles, tecnoeconómico y sociopolítico, con las variables y modelos correspondientes —señalados en el cuadro— y con referencias constantes al nivel axiológico, sin el cual es imposible abordar el tema de un nuevo desarrollo, implicador, a su vez, de otra manera de vivir salida de la crisis real que atravesamos. Los economistas que no quieran quedarse atrás deberán alejarse de los modelos convencionales, pensar por lo menos en términos de una teoría generalizada de la dependencia para interpretar la vida económica y combinar todas las técnicas precedentes del nivel tecnoeconómico (econometría, estadística, informática) con la comprensión histórica.

El reproche que puede hacerse a esta alternativa y, sobre todo, a su componente histórico es su imprecisión y la dificultad de construirla, formalizando las proposiciones de ese saber. Ciertamente, no puede preverse con ella la reacción exacta de un comportamiento colectivo, pero tal dificultad es inherente al tema de estudio —sistema social—, imposible de observar como se observa el reloj o el gato. Quienes pensamos de acuerdo con mis presentes reflexiones nos encontramos en una situación incómoda, porque nuestro saber y nuestras aportaciones, independientemente de las aptitudes personales, son siempre menos rigurosas y elegantes que los resultados del trabajo convencional.

Repetiré aquí la imagen que he utilizado otras veces y que me parece expresiva. En el párrafo anterior vengo a decir que los economistas no convencionales somos como quien viaja hacia el sur en un carramato tirado por un jamelgo y cuya ruta

pasa junto a la vía en la que en ese momento hace una parada un tren de lujo dirigiéndose al norte. Los colegas sentados en el tren le invitan a que deje su carro y vaya con ellos. La técnica que manejan es muy superior, así como la velocidad y la comodidad durante el trayecto.

Pues bien, a uno le gustaría viajar cómodo y de prisa, y sentirse importante instalado en una técnica rigurosa, pero no puede subirse al tren porque éste camina inevitablemente hacia el norte (es decir, hacia la justificación y asentamiento del poder establecido), mientras que uno quiere progresar, aunque resulte penoso, hacia el sur: es decir, hacia el conocimiento del cambio social para contribuir a él. Por eso cada hora de camino hacia el sur, aunque sólo suponga cinco kilómetros de ruta insegura, es un inmenso avance comparado con el camino que los otros han recorrido hacia su opuesto objetivo. Pues mientras su progreso en el espacio es históricamente negativo, nosotros avanzamos hacia el futuro. Y eso implica negarse a servir intereses establecidos —por caducos ya y opresores—, para sumarse en cambio a las fuerzas profundas de la historia y vivirlas en medio de la gente, por los campos y plazuelas. Porque, como cantó Neruda, «no es hacia abajo ni hacia atrás la vida».

NIVELES DE REALIDAD SOCIAL Y MODELOS DE DESARROLLO

(Nota: Cada modelo tiene en cuenta, además de sus variables específicas, las de los niveles precedentes)

Nivel	VARIABLES	Modelo
1. Tecnoeconómico.....	Micro y macroeconómicas Calidad de vida, necesidades básicas, etc.	Convencional Convencional ampliado Reformista
2. Sociopolítico.....	Grupos, clases, instituciones y poder	Dependencia
3. Axiológico	Límites medioambientales Sistema de valores	Ecodesarrollo Nuevo desarrollo